EJERCICIOS EN DESDOBLAMIENTO

Lo que Mairena y Martín representan en la obra de Antonio Machado es cosa sabida. Son creaciones en las que encarnan otros yos del poeta. Vive éste, como el lector, anclado en el tiempo, en su situación, integrado a lo que no siendo él mismo, forma parte de su ser, hasta el punto de que no podríamos concebirle en puro estado de aislamiento. Si el hombre no es una isla, pensarlo sin lo que Ortega llamó su circunstancia es grotesco empeño que Mairena hubiera ridiculizado.

Pero a la vez la experiencia nos enseña que el deseo de trascender esa circunstancia y realizarse en otras formas que las impuestas por la adscripción a un espacio y un tiempo determinados, es inseparable de la voluntad de ser quien se es. Un hombre sensible no puede menos de reconocer dentro de sí la palpitación de algo extraño, suyo, pero diferente; de algo que corresponde a impulsos que no identifica como «personales», porque son de «otros», máscaras todavía sin nombre, mas que reclaman voz, una voz distinta de la que habla en los poemas que el poeta firma.

¿Cómo responder a estos estímulos, evitando la dispersión y logrando la autenticidad en la variación? Para salir airosos de la prueba los poetas discurrieron artificios engañosos. Ninguno tanto y a la vez tan sencillo como la invención de los heterónimos en que hubo de complacerse el portugués Fernando Pessoa y, casi al mismo tiempo, Antonio Machado. Al inventar seres imaginarios que concurren a la poesía con idéntico derecho y con igual verdad que quien los inventa, se sugiere sutil y oblicuamente la posibilidad de que el inventor sea otra invención de sí mismo, invención consciente o inconsciente que se realiza en la página y en el poema. Se sugiere de modo indirecto que es allí, y no en el Registro Civil, donde el poeta existe; se sugiere, y bien sugerido está, que lo importante es la experiencia creada en el poema y no la vivencia en que se apoya.

Sospecho que Espronceda vislumbró tal verdad cuando para compensar la muerte y el olvido de la Teresa «real» escribió una apasionada reinvención y resurrección de la mujer amada, eximiéndola para siempre de los azares de la cotidianeidad. Espronceda tuvo conciencia —creo yo— de que estaba creando a Teresa, su Teresa verdadera; de lo que no estoy tan seguro es de si entendió con análoga lucidez que simultáneamente y en el mismo acto convocaba al poema una voz que iba a ser la suya, la que llegaría hasta nosotros sin ser afectada por los estertores del garrotillo.

Cuando casi un siglo después Machado enumere sus heterónimos sabrá con bastante precisión las razones de la ocurrencia. Es un momento adelantado de su vida, cuando deambula por las callejas y los rincones pobretones de Madrid, entre sombras. Un día, ignoramos cuál y dónde, esas sombras fueron tomando forma y convirtiéndose en rostros. ¿Desconocidos? No, no. Familiares más bien. Rostros de niebla o acaso de brisa, y con todo algunos sólidos, visibles, con el aire de lo ya visto, de lo que se presenta con la seguridad de ser reconocido.

Y reconocidos fueron. Don Antonio los llamó Juan de Mairena, Abel Martín, Meneses, Torres, Cifuentes, Infanzón... La mayoría no tuvo consistencia, no logró encarnar de esa niebla o brisa que los esbozaba. Quizá, prosaicamente, faltó tiempo y nada más. Sí lo hubo para que tres personas distintas concurrieran en una sola alma verdadera. ¡Y tan verdadera! Mairena y Martín compartían con Machado algo más que la inicial del apellido: la vida espiritual en que el poeta alentaba. Sería lamentable olvidar que los unos fueron reacción y complemento del otro; aún más lo sería ignorar que hubo tres o cuatro Machados en el indivisible que admiramos: el nostálgico de una España que pudiera ser; el de las tertulias grises y las ciudades amodorradas; el de torpe aliño indumentario, que buscó la hospitalidad en las mujeres, y el caminante en sueños por su propio espacio poético, galerías y laberintos que acabaron conduciéndole al jardín imaginario donde se encierra con Guiomar:

En un jardín te he soñado,
alto, Guiomar, sobre el río,
jardín de un tiempo cerrado
con verjas de hierro frío.

Soñar es crear. Quien sueña a Guiomar la crea. Invulnerable, como la Teresa esproncediana, a la erosión del tiempo. Y, como Espronceda, Machado se constituye en la voz de quien nos habla desde la página. Ello, aquí muy claro, obviamente lo es más cuando se trata de los heterónimos. Volviendo a evocarlos lo veremos mejor.

Abel Martín es el primero. Maestro, como Alberto Caeiro lo había sido de Fernando Pessoa, su inventor. Martín es el poeta filósofo que don Antonio no sabía, o no quería, o no podía ser. De haber firmado con su nombre los poemas de don Abel, hubiera incurrido en condenable usurpación, suplantando la personalidad de quien se los dictaba. La aparición del heterónimo es, pues, un acto necesario, como antes lo fuera, en *Soledades* y en *Campos de Castilla,* la emergencia de las voces poéticas (de los hablantes, dicen los lingüistas) a quienes, para abreviar, llamamos Antonio Machado.

No es el poema descripción de una experiencia, sino constitución de ella. El hablante la crea y se crea: recreación en el lenguaje en que cristaliza «otro», que no es el «uno» a quien ayer encontramos en el Café. Modo de recrearse que implica una complacencia en el acto de hacer, en el acto de escribir. ¡Qué placer de dioses —liberalmente— convertir la intuición en realidad compartible, la sensación en palabra! Soplar sobre ésta para que tome vuelo y verla volar cada vez más suelta y más segura. El Antonio que emergió con ella es memorable, sobre todo, por cómo se perdió, para mejor encontrarse, en sus caminos hondos. Sin filosofía. Cuando la metafísica llega, Martín está a la vista.

Más viejo que Machado y sevillano como él, es Martín un poeta plenamente decimonónico que se inserta entre Becquer y los modernistas. Catorce años más viejo que Unamuno y diecisiete que Rubén Darío, fue filósofo de profesión y ejercicio. Los títulos de sus obras —*Las cinco formas de la objetividad, Lo universal cualitativo, De la esencial heterogeneidad del Ser...*— sugieren cuál era la dirección de su actividad. El último de los citados permite inferir una comunidad ideológica con su inventor. No es mucho lo que sabemos de Martín en cuanto filósofo; quien lo conoció mejor, piensa que su punto de partida fue la obra de Leibniz. Supongamos que así fue. Para mí, irremediable creyente en la superioridad de la poesía sobre las demás actividades mentales, lo decisivo es el hecho de que en 1894, cuatro años antes de su muerte, publicara la colección de poemas titulados *Los complementarios.* Leyéndolos, descubrimos que de amor es su poesía más hermosa, no costándonos trabajo aceptar la afirmación machadiana de que fue el Maestro hombre en extremo erótico. Precisa don Antonio: «Abel Martín tiene muy escasas simpatías por el sentido erótico de nuestros místicos a quienes llama frailecillos y monjucas, tan inquietos como ignorantes». El acierto de la opinión importa menos que la opinión misma, pues, como subrayó el propio Machado, es harto significativo de la actitud de Martín, renuente a dejarse apartar del mundo sensible.

Cuando renació en 1926, su presencia hacía falta. ¿Quién puede asegurar hasta dónde hubieran llegado las aguas filosóficas en la poesía de Machado sin la aparición, tan oportuna, de quien las atrajo y remansó en su poesía? Un crítico eminente no ha dejado de señalar los riesgos corridos por la del autor de *Soledades* cuando se dejó ganar por la tentación de la Metafísica. La invención del heterónimo fue, pues, urgente y necesaria. Gracias a ella tiene nuestra literatura un poeta de que carecía, y el lirismo machadiano se mantuvo incontaminado.

Quizá la creación de Juan de Mairena responde a estímulos análogos y concretamente al de situar en él una inclinación pedagógica que no armoniza bien con la poesía. Mairena es maestro de oficio, aunque, claro está, un maestro de tipo muy especial. Entre otras cosas cree que quien se dedica a la enseñanza ha de aniñarse para conducir bien al niño. Podemos imaginarle niñeante y lúcido, receloso de las ideas recibidas y de las opiniones que no tienen vuelta de hoja. Le carga el dogmatismo y le molestan quienes «parecen estar siempre seguros de lo que dicen».

Recordar a Mairena es ejercicio saludable. En tiempos inclinados al autoritarismo, su tendencia a la autocrítica, su deeso de inculcar en los discípulos la desconfianza en las propias opiniones, contrasta con la corriente general. Cuando escribe, escribe para el hombre, como D. H. Lawrence, intentando establecer con el lector un tipo de comunicación que sacuda la inercia mental, la sujeción a las ideas recibidas. Quizá por eso parece inactual; por eso y por su modestia, tan pasada de moda, que lo presenta como «alma en borrador, llena de tachones, de vacilaciones y de arrepentimientos». Suya es la confesión, que se entiende más cabalmente cuando se reflexiona en la causa de esas vacilaciones, no pocas veces impulsadas por un diablillo propenso a la contradicción.

No se condenará al hombre por desconfiado, sobre todo si de quien recela es de sí mismo, de la pereza que puede llevarle a someterse a las ortodoxias para ahorrarse el esfuerzo de pensar y el riesgo de discrepar. Quiso Mairena ayudarnos a realizar ese esfuerzo, educarnos para el disentimiento, y a la vez prepararnos para la contemplación y hasta para la renuncia; quiso, aún más, enseñarnos a trabajar, y lo hizo mostrando cuál es el trabajo que tiene sentido. Cuando adiestraba a sus discípulos para la duda, lo hacía para habituarles a que respetaran al prójimo: el semejante y el diferente. (¡Qué anacronismo!) Al referirse a la sabiduría oriental, este filósofo, tan penetrado de la occidental, declara algo que prueba su objetividad: aquella sabiduría, dice, «es más honda que la nuestra y de mucho más largo radio metafísico».

Que los principios del Maestro calaron en Machado es evidente. Estos y otros, como ejemplo en el ámbito de la creación artística, su hostilidad a la imitación y a la oscuridad, que le lleva a afirmar que no hay originalidad alguna en el esnobismo y la moda. Detestaba Mairena «la originalidad frívola y de pura costra», y al preciosismo literario le hacía la cruz. Quizás exageraba un poquito (como buen andaluz creía que la exageración podía servir, a ratos), pues el preciosista tiene razones que la sencillez no comprende; pero es el caso que claridad, naturalidad y lucidez fueron tres principios que el viejo profesor llevó a su prosa y a su vida. En su exaltación de lo claro llega a invocar a Heráclito el oscuro como paradójico perito que corrobora su alegato.

Esgrime argumentos que no tienen vuelta de hoja: «lo natural suele ser en poesía lo bien dicho y, en general, la solución más elegante del problema de la expresión». Pero alguna vez choca al lector (al menos, a este lector), como cuando identifica lucidez con vigilia y condena las cosas que se viven en el sueño. Según él, la imaginación opera despierta y es el estado de aguda alerta lo que permite traer al poema su misterio. Acaso tiene razón al pensar que nuestros sueños son proyecciones borrosas de lo que imaginamos; acaso sólo muy despiertos podamos encararlos, reconocerlos y descifrarlos, peces de sombra que en la superficie destellan.

No puedo, ahora, seguir. Dejo la cuenta pendiente, no sin recordar algo que alguna vez escribí, y no soy el único en pensarlo: el *Juan de Mairena* es uno de los dos mejores libros de prosa española del siglo XX. El otro, casi no es preciso decirlo, sería *Españoles de tres mundos,* de Juan Ramón Jiménez.

Ricardo GULLON

University of Chicago.

ATENEO

REVISTA MENSUAL

LAMENTACION, MUERTE Y VISLUMBRES DE ABEL MARTIN

A veces lo verosímil es lo contrario de lo cierto. Y la razón de la difusión de ciertas ideas suele radicar en su alejamiento de la exacta y aristada verdad. Así aquella, tan repetidas veces invocada, de que la filosofía perjudicó gravemente a la poesía de Antonio Machado, haciendo de un poeta valiosísimo un filósofo barato e incluso ramplón. Casi estoy tentado de ver en semejante apreciación la terca reminiscencia del adolescente que no pudo entender por qué el poeta de las *Soledades* y aun de los *Campos de Castilla* tenía tanto interés en dejar de escribir una poesía que fuese sólo pasto de adolescentes...

A pesar de todas las complejidades de su voz, a pesar de todas las idas y venidas de su sentimentalidad, la poesía de Antonio Machado siguió una trayectoria inequívocamente *ascendente*: de lo psíquico a lo físico; de lo físico a lo metafísico, podríamos decir, utilizando un tanto pedantemente los clásicos esquemas. Del Yo de *Soledades* al ancho círculo del mundo en *Campos de Castilla,* donde hasta el amor se afirma como *objetivo*: ella y el otro, distintos, distantes, ausentes, perdidos, enemigos...; del mundo exterior a las cimas metafísicas de los poemas de Abel Martín, al vértigo de ese talud, cortado a pico, que es *Otro clima,* la página